

Revista *Índice*: proyecto intelectual y polémico de los años 30 en Chile

Índice Magazine: Intellectual and Polemic Project of 30's in Chile

Clara María Parra Triana

Universidad de Concepción

claraparra@udec.cl

Entre 1930 y 1932 se consolida en Santiago de Chile el grupo *Índice*, cuyo órgano de difusión fue una revista de carácter mensual y en la que colaboraron activamente, además de los miembros del grupo, intelectuales nacionales e internacionales reconocidos o en proceso de formación de su obra (Eugenio González, Mariano Picón Salas, Olga Poblete, Domingo Melfi, Raúl Silva Castro, Amanda Labarca, Ricardo Latcham, Manuel Rojas, entre otros), lo que hizo de esta revista un documento de gran relevancia para comprender la vida cultural chilena e hispanoamericana de los años 30, a pesar de su corta duración. Revisaremos la propuesta editorial de *Índice*, su programa y acción cultural e intelectual, concentrando el análisis en la vocación polemista del grupo, junto con la adopción de ciertas estrategias discursivas colectivas como lo fueron las encuestas relativas a temas y problemas de la escena nacional chilena que apelaron a la conformación de una particular y modernizante idea de opinión pública.

Palabras clave: Revista *Índice*, polémica, opinión pública.

During 1930 and 1932 the group named *Índice* is conformed in Santiago de Chile and it uses as tool for dissemination a monthly magazine whose contributors and members were some recognized and working national and international intellectuals such as Eugenio González, Mariano Picón-Salas, Olga Poblete, Domingo Melfi, Raúl Silva Castro, Amanda Labarca, Ricardo Latcham and Manuel Rojas, that remarks this magazine like a very important document for understanding Chilean and Spanish american cultural live in 30s in spite of its very short existence. We will analyse in this document the editorial proposal as well as some collective-discursive strategies such as survey forms about topics and problems of Chilean contemporary live that looked for conforming a particular idea of public opinion.

Keywords: *Índice* magazine, polemic, public opinion.

Recibido: 08/12/2014

Aceptado: 19/05/2015

Los años 30 son para el campo intelectual hispanoamericano un momento de intensa actividad de sus sujetos críticos tanto a nivel individual como colectivo¹. Los proyectos de las agrupaciones y publicaciones de vanguardia ya habían experimentado sus momentos de apertura y confrontación social y estética, lo que les permitía incidir decisivamente en los círculos de las artes y de las letras. El mundo se estaba agitando social y políticamente con las revoluciones y sus consecuencias, lo que otorgaba a nuestros intelectuales un gran sentido de lectura crítica de la historia, la tradición, el presente y un anhelo de futuro que albergara las esperanzas para las generaciones venideras.

Los escritores e intelectuales ya habían logrado enmarcar su lugar en la sociedad moderna. La conformación de grupos anexos a instituciones que contaban con cierto prestigio le otorgaba solidez y credibilidad a su discurso y, de alguna manera, ampliaba su radio de acción, pues si bien seguía siendo una lucha el establecimiento de la profesionalización del oficio intelectual, estos sujetos no se conformaban con ejercer en su pequeño radio, sino que se proponían conservar su espacio ganado pero al mismo tiempo ensancharlo mediante mecanismos que tuvieran la polémica y la controversia como recursos principales.

Ya no se trataba solo de reflexionar; había que actuar. Y la manera de actuar e intervenir socialmente desde el oficio de las humanidades era hacer circular la letra con los temas de actualidad, pero también ejerciendo el criterio sobre ellos. Un didactismo comprometido orientaba los proyectos editoriales del momento. Si bien era preciso definir los límites del oficio de las letras –las revistas especializadas que proclamaban un proyecto estético definido así lo harían–, también urgía subir al “pueblo al nivel de Platón” (en directa comunión con las ideas de Waldo Frank). Era preciso entonces tomar las aristas de los temas del presente y llevarlos al plano del debate crítico.

En Santiago de Chile, el círculo de los intelectuales asociados al Instituto Pedagógico y que además tenían en común la orientación socialista en proceso de consolidación, como Eugenio González (1903-1976), Ricardo Latcham (1903-1965), Raúl Silva Castro (1905-1970), Guillermo Feliú Cruz (1900-1973), Benjamín Subercaseaux (1902-1973) y Domingo Melfi (1892-1946) serán algunos de los constantes interlocutores en el debate culturalista chileno, y algunos de los promotores de lo que se conocerá como el **Grupo Índice**, cuyas instituciones de albergue serían el ya referido Instituto Pedagógico, la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile y la Biblioteca Nacional, es decir, tres de los centros más relevantes de pensamiento de la cultura nacional chilena, sin olvidar, por supuesto, el vínculo intelectual con la Universidad de Concepción por medio de la revista *Atenea* y que era una de las plataformas editoriales acerca de la cultura y la historia más relevantes

¹ Una primera versión de este documento fue presentada como ponencia en el II Congreso Internacional de Historia Intelectual, llevado a cabo en la Sociedad Científica Argentina de Buenos Aires, durante los días 12, 13 y 14 de noviembre de 2014, y que versó respecto de las diferentes modalidades de “Biografía colectiva” mediante las cuales se puede reflexionar la vida intelectual latinoamericana.

de la primera mitad del siglo XX. A ellos se vinculará el joven venezolano Mariano Picón-Salas (1901-1965) una vez que se instala en Santiago e inicia una carrera de especialización en humanidades. Este grupo además de reunirse regularmente, buscó un mecanismo para compartir sus debates e inquietudes; para el momento, el medio más común era la elaboración de una publicación con la cual identificarse y que llevó el nombre del grupo².

La revista *Índice* compartió sincronía con otras publicaciones chilenas del mismo carácter e igualmente efímeras como lo fueron: *Revista Nueva* (1935-1936), *Revista Universitaria* (1939), *Revista del Pacífico* (1935), *Lecturas* (1932-1933), *El Ateneo* (1930), *Tierra* (1937), *Revista de Arte* (1934) y *Clío* (1933-1957), entre otras, cuyo contenido osciló entre los temas de actualidad, la alusión a conocimientos prácticos, la reflexión en torno a disciplinas específicas como la Filosofía, la Historia o, las Bellas Artes que se integraban al debate más allá de la reseña o la propaganda del espectáculo³. Llama la atención de este tipo de publicaciones el perfil englobante de sus temáticas tratadas y de los diversos saberes que orientaban. Un sesudo ensayo de política internacional podía ir seguido de una propaganda a un modo fácil de ganar dinero como actor aficionado. La especialización y concentración en una temática o problemática específica parecía no ser un buen recurso de posicionamiento, pues el público al que le apuntaron estas revistas anhelaba estar en contacto con la actualidad, y al mismo tiempo debía estar lo suficientemente interesado como para pagar por una suscripción que asegurara la sobrevivencia de la iniciativa.

El auge de este tipo de iniciativas editoriales apelaba a explorar nuevos modos de comunicación que ampliara la llegada a diferentes tipos de población lectora y que también perfilara lectores interesados en temas específicos. Esto es a lo que Carlos Ossandón y Eduardo Santa Cruz (2005) denominaron “el estallido de las formas”, es decir, al modo cómo los mecanismos de masificación de las comunicaciones y las prácticas discursivas influenciaron y contribuyeron en el adelanto de procesos de modernización:

¿Cómo el desarrollo de formas comunicacionales modernas operó sobre un sentido común masivo en las primeras décadas del siglo XX en nuestro país? Más aún, ¿de qué

² El único testimonio elaborado sobre la revista *Índice* con el que podemos contar en la actualidad es el texto que compartió a manera de conferencia el crítico chileno Pedro Lastra el 17 de diciembre de 2013 en la sala Ercilla de la Biblioteca Nacional, a las 19:30 horas, en la conmemoración del bicentenario de la Biblioteca Nacional de Chile. En dicha conferencia –que hasta ahora no se encuentra publicada– Lastra expone sus argumentos en torno a otros órganos de difusión cultural que acompañaron a este tipo de iniciativas editoriales, describe el contenido y disposición de la revista, concentra su atención en el énfasis literario de la revista y hace mención de los temas de actualidad que aborda el documento. Sin duda esta conferencia constituye un documento valioso para los estudiosos de las publicaciones periódicas chilenas de la primera mitad del siglo XX.

³ La dirección de bibliotecas y archivos de la Biblioteca Nacional de Chile buscó sistematizar la información existente en sus archivos en relación con las publicaciones periódicas que tuvieron corta duración pero que albergaron a intelectuales de gran relevancia para la formación cultural chilena. El volumen *Nueve revistas culturales: Revista Nueva, Revista Universitaria, Revista del Pacífico, Lecturas, El Ateneo, Índice, Tierra, Revista de Arte, Clío* (1974). Nos presenta los índices de dichos títulos organizados temáticamente.

manera se articulan dichas estrategias comunicacionales y culturales con un contexto percibido cada vez más ampliamente como de crisis general y de profundas transformaciones modernizadoras de la vida cotidiana? ¿Cómo se vinculó el “estallido de las formas” que presencia el período con sentidos comunes en vías de masificación y diversificación?” (21).

La idea de lanzar una revista de carácter mensual que incluyera información, crítica y bibliografía actual la desarrolla el grupo Índice a partir de abril de 1930 y hasta febrero de 1932, logrando entregar al público 14 números cuya regularidad mensual se ve entorpecida a partir del número 13 que intenta suplir con 36 páginas de contenido las usuales 16 que solía publicar hasta el número 11-12 del primer año (1930). La regularidad en las entregas lograda en el primer año nunca más se repetiría, pues en el segundo año solo se publica el extensísimo número 13 en agosto de 1931, y el último ejemplar de la revista, el número 1 de la segunda época, correspondiente a febrero de 1932, estará conformado por las últimas 16 páginas del agónico proyecto. Este último número se subtitula “segunda época”, lo que indica que hubo una aspiración a reconfigurar el proyecto, pero no se cuenta con evidencias de que haya prosperado hacia un segundo número de aquella anunciada renovación.

La revista pretendió ser un espacio de instalación de controversias ante el activo y problemático clima político transatlántico, hispanoamericano y chileno. Los temas de su contemporaneidad como la Gran Depresión, las dictaduras de Ibáñez en Chile –que no fue tema pero sí telón de fondo de muchas de las discusiones políticas e históricas que el grupo sostuvo– y de Rivera en España, el clima revolucionario, y algunos hitos fundamentales para el pensamiento hispanoamericano como el lugar fundamental que ocupó José Carlos Mariátegui no solo para el campo intelectual y cultural peruano sino para la orientación revolucionaria del continente. Así se registra en la revista la participación y aportes de intelectuales internacionales como Luis Alberto Sánchez, Alfonso Reyes, Magda Portal, Waldo Frank, Juan Marinello, Baldomero Sanín Cano, Jaime Torres Bodet, entre otros, con quienes los miembros del grupo manifestaban afinidad ideológica y estética.

Los primeros 12 números aparecen organizados por un comité directivo que en estricto sentido está compuesto por los miembros del grupo Índice: Picón-Salas, Silva Castro, González y Sánchez. El número 13, correspondiente al segundo año, cambia de formato a una presentación más moderna, a manera de cuadernillo, conserva los grandes temas del grupo que van desde Filosofía, pasando por Política nacional e internacional, hasta debates acerca de artes y letras y novedades bibliográficas (lo que se halla anunciado en el N° 11-12, p. 16). En este número se incorporan también traducciones que afirman la voluntad de especialización, difusión y diálogo con los aportes críticos de otras latitudes y otros espacios culturales. En este volumen aparece un director único, Mariano Picón-Salas, mientras que los demás miembros del grupo figuran como colaboradores. La última entrega que se conoce de la revista vuelve a su formato original, siendo el historiador Humberto Fuenzalida su director, contando con la colaboración de los demás

miembros del grupo, y sumando la participación de intelectuales de marcada línea revolucionaria y socialista.

Señalábamos en páginas anteriores que *Índice* compartió sincronía con otras publicaciones cercanas en su ademán intelectual e igualmente efímeras en su tiraje, pero es preciso remarcar que compartió escenario y colaboradores con la afamada revista *Claridad* (1920-1926/1931-1932), la que se abanderó de los impulsos juvenilistas de la escena cultural y universitaria chilena y compartió con *Índice* el rechazo a las estéticas burguesas ornamentales que tanto daño le hacían al compromiso intelectual de sus consignas; sin embargo es preciso aclarar que a diferencia de *Claridad*, *Índice* fue un órgano más maduro –a pesar de su brevedad– en cuestión de temas y tratamiento de las problemáticas socioculturales (Subercaseaux 2004). En *Índice* el entusiasmo juvenilista, es reemplazado por el programa culturalista, esto se transparenta sobre todo en las elecciones y tendencias estéticas que promueve a nivel literario y artístico. Intereses más acotados, proyección y continuación de las controversias, nos mostrarán que los colaboradores de *Índice* se encontraban en un proceso de madurez coincidente con los balances intelectuales de dos décadas posteriores al Centenario, el desencanto ante las políticas gubernamentales de la Gran Depresión, y los alcances de gobiernos que se atrevieron incluso con la opinión pública y la libertad de prensa (Collier y Sater 1999).

1. *Índice*: más que una revista literaria

Podríamos denominar a la revista *Índice* como una “revista literaria” por tratarse de una publicación dedicada –en un gran porcentaje– a la crítica literaria, a las reseñas y a la difusión de novedades en ensayo, narrativa y poesía, además de mostrar lo que ocurría en la escena literaria chilena e hispanoamericana. La revista dedicó un apartado a anunciar lo que los escritores del momento estaban trabajando o estaban a punto de enviar a imprenta; este énfasis, nada caprichoso para el momento, remarcó la voluntad del grupo en coadyuvar en el establecimiento de los discursos especializados en literatura, así como su evaluación crítica derivada de ejercicios de lectura.

Sin embargo, si revisamos los textos de carácter programático, de organización y propósito en los dos primeros números de *Índice*: “*Índice*”, “Prospecto sobre organización de este grupo y su revista” e “*Índice* y su misión”, podemos percibir que el plan de *Índice*, en tanto mecanismo de difusión, estuvo amparado por una voz colectiva, un “nosotros” que al mismo tiempo funcionó como sujeto enunciador y marca la orientación del discurso de la revista a manera de una totalidad que en su heterogeneidad se encuentra ligada a un sistema de valores críticos de la sociedad burguesa, acostumbrada al dandismo y al uso ornamental de la cultura.

La idea de “cultura” que esta voz colectiva se propone demarcar indica los derroteros de las elecciones, inclusiones y también de las diferencias que los miembros del grupo realizaron en su deseo de establecer un punto de vista diferenciado respecto de su presente. La cultura para este grupo de intelectuales del ya avanzado siglo XX tiene carácter creador, y vivo, lo

que se traduce en un llamado a la acción intelectual que rompiera por fin con el encierro y aislamiento de la opinión informada y lúcida pertinente a la contemporaneidad. Así lo leemos en "*Índice*", texto programático del primer año, firmado por M.P.S (Mariano Picón-Salas):

Este es un deseo muy sencillo porque es un deseo colectivo (y las colectividades para actuar necesitan programas mínimos).

...los que escribimos en "*Índice*" no tenemos la impúber aspiración de hacernos famosos ni de sobreestimar nuestras escrituras. Servir al país en la única forma eficiente en que pueden servirlo los trabajadores intelectuales.

Nuestra acción será pues, la acción propia de los intelectuales. Y la labor del intelectual crea la cultura. Pero la cultura implica relación con algún medio, y este problema de relación deben plantearse los escritores de "*Índice*" para que su labor no nazca muerta o asuma una simple significación decorativa.

...hay algo de esto en lo que llamamos nuestra cultura hispanoamericana. "Sabemos pero no comprendemos", empleando el sutil distinguo keyserliniano. La vida intelectual parece en nuestros pueblos cultivo de invernadero. Es privilegio de unos pocos que alardean de sus informaciones o gozan de sus secretas búsquedas con mero designio decorativo. Cultura para ornamentar la persona.

Nos interesa a nosotros hombres jóvenes, que vimos agonizar y podrirse todas las delicuescencias, una cultura vital que se traduzca en energía colectiva. Es nuestro deber de ciudadanía. Y con "*Índice*" comenzamos a abrir un cauce. Cauce decimos porque ningún tabú estético o sectario nos sirve de compuerta. Nuestro papel se ofrece al fervor de los hombres que tengan alguna verdad, juicio o insinuación de belleza por transmitir a sus contemporáneos (*Índice*, N° 1, abril 1930, 1).

El proyecto de la revista se posiciona críticamente ante la idea de cultura como ornamento y como alarde de novedad. Acá va a haber un giro en la concepción del oficio intelectual: con el saber no se adornan las cabezas; se orientan los pueblos, la información no sirve de nada si no viene acompañada de una meta formativa a la cual alcanzar. Los intelectuales se autodenominan "trabajadores", ello lo saca de la connotación elitista para fundamentar su compromiso con el presente y con el destino de los pueblos que se orienten por su voz. El grupo *Índice* –y su revista– se posicionan en el lado "orientador" del americanismo crítico de la primera década del siglo XX, en tanto buscan la formación de los pueblos, pero le añaden a este la conciencia del intelectual que enfrenta una mundaneidad propia de los tiempos en crisis, en los que resulta más fácil la evasión en el ornamento que desafío de la confrontación.

Por ese motivo, *Índice*, más que un grupo o una revista cerrados, dueños de un espacio y medio de difusión de sus ideas, se proponen como plataformas de entrada y salida de debates. Sabemos, ahora, que esa supuesta apertura programática siempre resulta antojadiza, que obedece a un deseo y a una aspiración pero que pocas veces se condensa y se fusiona con sus antagonismos, pues la precariedad con la que funcionaron estas materialidades, pronto les llevó a privilegiar cierta información, más de carácter doctrinario y de orientación ideológica.

Es por eso que lo que destacaré en este estudio no es tanto la nómina de colaboradores y su orientación ético-estética, pues debido a su brevedad, los colaboradores fueron pocos, sino la voluntad de esta revista, y de su grupo de fundadores, de establecer los mecanismos de la polémica como una forma de comunicación y apertura a la varia opinión traducidos en mecanismos de acción intelectual que la revista arroja como testimonio de existencia del grupo y de una conciencia de la labor social que este colectivo de humanistas presentaba a la comunidad lectora, lo que demostraba ser un proyecto con aspiraciones de largo y amplio alcance, que buscaba superar los entusiasmos juveniles.

2. “La curiosidad del estudioso y no la petulancia del erudito”

Para los miembros del grupo *Índice* la letra constituye un mecanismo de acción, en tanto lectura y escritura. El grupo *Índice* no se designa ni se autodenomina una élite intelectual, prefiere cuestionar –desde el uso de la herramienta escrita– el utilitarismo de la erudición y el decadentismo de una cultura que todavía no responde con palabras propias a los desafíos de su tiempo. Para este colectivo el intelectual ha de ser un escéptico de sí mismo, ha de superar los impulsos juveniles, ha de disminuir sus palabras, ha de ser austero y realista en sus proyectos, pero ante todo, ha de estar al servicio de una causa mucho mayor que la de sus propios intereses o la de lograr aplausos para su obra.

¿Cómo ha de ser entonces el intelectual de este tiempo? –nos preguntan los miembros de *Índice*– conscientes de su papel en la sociedad, proponen que el intelectual sea un provocador del diálogo y del debate, un sujeto maduro para la reflexión y resistente a la dispersión, la burocracia o las cuotas políticas. El manifiesto de la revista, citado en páginas precedentes, denuncia la facilidad con la que ciertos poseedores de la letra sucumben ante las cuotas de poder o el caudillismo. Un intelectual es un sujeto comprometido con el saber y la orientación criteriosa de la sociedad, y esto incluye aceptar el disenso y darle el espacio correspondiente:

Índice no será una revista más, que pretenda usurpar su público a cada una de las ya existentes. Será una especie de puente de comunicación entre unas y otras, y con la elasticidad propia de una publicación de este género dará informaciones que generalmente escapan a las revistas especializadas. Tampoco será un muestrario más para la vanidad de gentes ansiosas de publicidad. Todo lo contrario: aspira a ser un buen servidor del público, más o menos

numeroso que anhela estar al día en materias literarias, filosóficas, científicas y artísticas y que no dispone de tiempo suficiente para ingerir vastos tratados y difíciles textos especiales. También será una guía del lector por las indicaciones críticas que publicará número por número sobre los libros recientes tanto nacionales como extranjeros (*Índice*, N° 1, abril 1930, 12).

La revista se declara entonces como un órgano difusor y de utilidad para el procesamiento de ideas con peso pero aligeradas en su densidad especializada. De gran relevancia es el gesto que acá se lee, pues estos intelectuales, González, Melfi, Silva Castro, Latcham, Subercaseaux, entre otros, fueron los maestros de varias generaciones, y los formadores de discursos especializados desde la academia, y en este momento muestran ductilidad suficiente para retirar el velo de la exclusividad del acceso a la cultura. Divulgar es una forma de intervenir socialmente; los estudiantes no se forman solo en las academias, su construcción será más completa cuanto más herramientas encuentren a su paso, en su cotidianidad. Esta es la idea de “democratización de la cultura” que expone el grupo *Índice*. La masa no ha de diferenciarse de los estudiosos en cuanto al acceso al conocimiento. Para los redactores de *Índice*, el problema no es la falta de información sino la erudición, y a esta se le combate convirtiendo la cultura en asunto de trato cotidiano.

Índice, en tanto colectivo de intelectuales, no se limitó a ser un grupo cerrado y exclusivista. En la revista figuran reseñadas las actividades del grupo que consistían principalmente en cursos y conferencias abiertas al público no necesariamente estudiantil, pero que contara con el deseo de ampliar sus conocimientos generales, en ciencia y filosofía griega, historia antigua, poesía francesa, entre otros, escuchando a un experto que se encargaba de preparar sesiones acerca de temas específicos. Este deseo de intervención oral y de apertura al público se ve más claramente reflejado en el modo de vida literaria santiaguina que quiso instalar el grupo. Las charlas no solo fueron en espacios académicos (salones de clase o auditorios), sino que se llevaron a cabo en todos aquellos lugares que parecían atraer a público masivo como lo fueron bares, cocinerías y quintas, es decir, espacios inesperados en los que las humanidades pudiesen intervenir.

Otro proyecto unido a la acción intelectual del grupo fue la edición de los “Cuadernos culturales de *Índice*”. En el número 6 del primer año se anuncian los dos primeros volúmenes dedicados a ciencias e investigación y a literatura y arte, indicando cinco títulos más, los que muestran el carácter reflexivo y ensayístico propio del grupo y de variedad temática que incluía historia, análisis de la cultura, sociología, literatura y educación. Esos cuadernos promovían la circulación del discurso especializado a bajos precios que evitaran además la elitización de la cultura.

Dentro del señuelo programático que particulariza la voluntad de la revista se registra un cierto humorismo que pondrá públicamente un registro de ironía o de enfrentamiento –vía controversia– con los contemporáneos. El humorismo es declarado por Fernando Ortúzar Vial en el texto “*Índice* y su misión”:

Lejos de la cátedra, sin prejuicios. Libertad, plena libertad, la mirada despierta sobre todos los rumbos ante el oído de todas las sugerencias. Tamiz de calidades y humorismo. Para huir de lo trascendental, de la pesadez que tiene todo lo grave. Para alcanzar la ligereza de algunos espíritus dispersos.

No por ello conformarse con ser recipiente, soberado, cajón de sastre.

Ya que hacemos cumplir la primera etapa de la vida, el deber primordial: la infancia. Ser niños. Mirarlo todo, decirlo todo, acoger todas las insinuaciones. Y reír. Reír también un poco (Nº 3, Año 1, 15).

Este humorismo se materializará en varios textos, que tomando la erudición por algo serio, desmontarán el aparataje de su pretensión para desplegar la ironía. La voz colectiva de *Índice* reposa ahora en la desmiraculización de los saberes tendenciosos. El vértice de la ironía manifiesta por el grupo será la escritura ensayística sobre la historia y sobre el panorama político y social del presente. Los miembros del grupo articulan la lectura del pasado con la proyección que su presente tendrá para las generaciones venideras. El didactismo, o más bien, la voluntad pedagógica de este humorismo será el de configurar receptores-lectores críticos, capaces de leer de modo negativo las afirmaciones o cuestionamientos lanzados por el órgano de difusión que pretendió ser *Índice*.

3. Del plan a la acción

Debido a que *Índice* se presentó como una publicación que deseaba romper con la exclusividad del conocimiento para instalar la apertura a la reflexión concentrada y medida, el plan de la revista se puso en acción desde el primer número ilustrado bajo ciertas decisiones discursivas y ciertas elecciones temáticas como lo fueron la polémica abierta mediante la publicación de cartas en un apartado especial titulado "Diferencias", las encuestas formuladas en un número y respondidas en los subsiguientes por alguna personalidad de renombre que diera autoridad al debate, o temáticas de orden actual y de interés colectivo, como la puesta en debate acerca de los problemas de la Universidad en el contexto nacional, la educación sexual como una discusión de orden cultural, legal y no solo moral, entre otros. Estas decisiones discursivas y elecciones temáticas no estuvieron ajenas al tono irónico y al humorismo que caracterizó el acento de la revista, pero sobre todo dieron a *Índice* la particularidad en la expresión menos elevada y grandilocuente que tanto criticaron en sus pares y en sus contemporáneos.

En el primer número encontramos el apartado "Diferencias" dedicado a una "Carta a R. Meza Fuentes" (12) redactado por Mariano Picón-Salas en la que se puede apreciar el tono confrontacional y polémico del documento en el que la respuesta a un sujeto en particular abre una discusión de intereses generalizados o ampliados a un colectivo que de manera tácita entra a la controversia. El asunto de la carta es la aclaración de los términos en los

cuales es preciso aludir y convocar a las nuevas generaciones de intelectuales que tengan dentro de sus intereses generar pensamiento respecto del lugar que América ha de ocupar en tanto espacio de formación de las juventudes.

Si bien Picón-Salas y en extenso el grupo Índice ya habían manifestado la fe en la juventud intelectual americana, esta no se presenta para el colectivo como un modo de ensalzar ciegamente y de manera laudatoria las manifestaciones del pensamiento juvenil, pues a lo que aspira es a que este encare sus procesos de reflexión críticamente para poder crecer y autoformarse:

no creo que si nos interesamos con seriedad (con la seriedad que debe exigirse a nuestros treinta años) en una labor que caracterice a nuestra generación, entre otras generaciones americanas, debemos cerrarnos a todo análisis y a toda crítica. Si practicáramos su consejo, estaríamos toda la vida girando en torno de nosotros mismos. Si queremos hacer la crítica de los demás, es lo honrado partir de nuestra propia crítica (N° 1, Año 1, 10).

En pocas palabras, lo que la carta indica es que para ejercer la crítica es precisa una previa autocrítica –heroísmo intelectual basado en la enmienda–, evitando el “manifestismo” como una pseudoalternativa para ejercer el disenso. Ya no más “retórica espumosa”, nos dirá el remitente de la carta; es precisa la documentación y la reflexión austera de retórica. Hay que evitar la asamblea y la oratoria para sentarse a trabajar por fin.

Este es el documento que anuncia una de las preocupaciones más constantes y sólidas del grupo Índice y de su órgano difusor: la educación como problema nacional y la universidad como su raíz. La institucionalización, la popularización, la consolidación de discursos especializados, la formación de patrones de comportamiento social, entre otros aspectos problemáticos en relación con la educación nacional, serán puestos para debate público mediante el mecanismo discursivo de la encuesta.

4. La pregunta abierta y la articulación de las opiniones públicas como agencias sociointelectuales

Las encuestas fueron un recurso comúnmente utilizado por las revistas de artes y letras de principios del siglo XX, cuyo objetivo principal era la ampliación y configuración de un público lector, que movido por la curiosidad del diálogo, mantuviera su atención, al mismo tiempo que podría mantenerse informado referente las últimas tendencias⁴. La encuesta fue

⁴ Las encuestas de opinión –nos recuerda Cándido Monzón– fueron uno de los mecanismos más comunes para los años 20 y 30 para medir la opinión pública de manera empírica. Su objetivo se orientó hacia el tanteo y la aproximación, no hacia la exactitud, y tenían por lo general una búsqueda de efectos *a posteriori* que generaran reacciones y respuestas. La encuesta de opinión no se quedaba en el hecho de responder, sino que apelaba al efecto de las respuestas.

un dispositivo que contribuyó a la formación de opinión pública, pues con el mecanismo de la pregunta y las respuestas los lectores podían apreciar la pluralidad de puntos de vista que una problemática contemporánea podía arrojar a la sociedad que la experimentaba y al mismo tiempo formarse la suya propia.

Los temas de las encuestas variaban según la orientación de la revista que les diera origen y sobre todo de la tendencia ideológica de sus editores. Por ejemplo, las revistas estrictamente literarias, dedicadas a la distribución de novedades de creación literaria, contribuyeron al reconocimiento de escritores que se encontraban en actividad creativa, asimismo colaboraron con la formación de criterio estético, perfilando y definiendo un cierto gusto popularizado dentro de la sociedad lectora.

La encuesta que realiza *Índice* es elocuente en tanto muestra la toma de posición que los colaboradores asumen frente a los problemas nacionales. Eligen un tema que los articula como grupo intelectual, y de manera concomitante muestra su preocupación respecto de los problemas nacionales que afectan a la sociedad chilena en todos sus estratos, y que afectará al país en su deseo de poner al día los conocimientos y las prácticas que le permitan participar de lleno en su proceso de modernización. La primera encuesta de *Índice* le apunta al debate pertinente a la educación, tomando como foco principal a la Universidad.

A continuación transcribiré las preguntas de la encuesta:

EL PROBLEMA UNIVERSITARIO

1. La universidad y la juventud. a) ¿Qué espera la juventud de la Universidad? b) ¿Cómo satisface la Universidad el problema de la preparación profesional y la preparación teórico-científica? c) ¿Cómo orienta la universidad las necesidades culturales de la juventud?

2. La Universidad y nuestros problemas nacionales. a) ¿Ha contribuido la Universidad al esclarecimiento de nuestros problemas actuales? b) ¿Ha prestado soluciones eficientes? c) ¿Está nuestra Universidad en condiciones de desarrollo equivalentes a otros aspectos de nuestra vida nacional o se ha quedado retrasada?

3. La Universidad y la élite intelectual. a) ¿Ha contribuido la Universidad a la formación de una élite no profesional? b) ¿Mantiene esta élite vinculaciones con la Universidad actual? c) Desde el punto de vista de sus intereses culturales ¿A qué Facultad concurriría usted?

4. La Universidad y las masas. a) ¿Tiene prestigio la Universidad entre las masas? b) ¿Comprende las necesidades de estas? c) ¿Qué juicio se ha formado usted sobre la manera como la universidad vulgariza la ciencia?

En nuestro próximo número comenzaremos a publicar contestaciones a esta encuesta (Nº 1, Año 2, 16).

Esta primera encuesta es publicada en la segunda entrega de la revista y las respuestas a sus preguntas comenzaron a aparecer desde el número siguiente. Las diferentes personalidades que prestaron su voz y su pluma para expresar su punto de vista respondían un punto de la encuesta a la vez, resaltando en dichas expresiones la orientación crítica y reflexiva de los voceros. Es importante resaltar que quienes colaboraron con sus respuestas fueron sujetos de la más variada extracción intelectual del momento: críticos literarios, filósofos, profesores, estudiantes y funcionarios de los centros de enseñanza de la época, cada uno enunciando sus juicios y exigiéndole a su vez a la sociedad chilena tomar consciencia de las implicaciones que tenía para esta que la Universidad no cumpliera con los objetivos y el espíritu que anima su creación y existencia. Olga Poblete, Carlos Keller, Hernán Díaz Arrieta (Alone), Eugenio González, Héctor Gómez Matus y H. Saavedra son algunos de los nombres de los participantes en la discusión, lo que nos permite apreciar la cuidadosa selección que realizaron los miembros del comité editorial de la revista por incluir variadas voces y puntos de vista que pudieran expresar su posición y experiencia respecto del asunto.

Resaltan las denuncias y las críticas a las malas prácticas, como las cuotas burocráticas, la ceguera frente a los problemas nacionales, destacando la formación escuálida otorgada a los estudiantes tanto a nivel técnico como teórico-científico, así lo indica Olga Poblete: "Considerada la universidad desde el punto de vista de la organización de sus estudios, no me parece ni estrictamente una Escuela Profesional ni completamente una Escuela de Estudios Científicos" (N° 3, año 1, 2). Algunas respuestas apuntan al modo de ejercer la docencia de los profesores, quienes según Carlos Keller, más que exponer y discutir ideas y problemas se dedican a enseñar imitando y reproduciendo de manera refleja los saberes que vienen de Europa, siendo un repetidor más que un ostentador de opinión propia. Junto con esta crítica Keller plantea una solución: la reestructuración de los modos como se contrata y se liga a los profesores a la Universidad: pide Keller que a los profesores se les exija dedicación exclusiva a sus cátedras, remunerándoles de manera justa, para que realmente puedan entregar sus esfuerzos a la formación de sujetos útiles para el enfrentamiento con la realidad nacional. Hernán Díaz Arrieta (Alone) da respuesta al tercer punto en el tono justamente polémico e irónico preferido por los editores de *Índice*. Se refiere a la "formación de la élite intelectual" atacando a la Universidad del Estado de Chile, pues según él se encuentra –un siglo después– aún invadida por el espíritu de Andrés Bello y está más dispuesta a aburrir y a adormecer a los jóvenes con sus enormes libracos, que a formarles criterio actual con la realidad y la cultura nacionales.

La preocupación del grupo por la universidad y su relación con la juventud, las masas, la intelectualidad y la realidad nacional, resulta ser una buena excusa del grupo para instalar debates públicos y evidenciar problemáticas no siempre declaradas como la vejez en la actitud hacia el conocimiento y los saberes prácticos, la profesionalización de masa sin formación crítica, la precarización del oficio del maestro, la momificación de los círculos intelectuales que insisten en apartarse de la escena pública nacional y la carencia de profesores que hagan algo más que enseñar saberes establecidos para otras realidades.

Pero la educación para los miembros de Índice no se limitó a las instituciones educativas sino que se extendió hacia una crítica de las prácticas sociales y éticas relacionadas, con la actitud que la sociedad chilena conservaba en torno a la sexualidad, por ejemplo. Este tema igualmente controversial, se anuncia desde el segundo número con un artículo "Sobre moral sexual contemporánea" de Fernando Celis Zegarra, cuyo afianzamiento se dará con la publicación de un artículo de Domingo Melfi que sugiere además la formulación de otra encuesta que sondee la opinión de quienes tengan a bien responderla. Cito textualmente las preguntas de la encuesta:

1. ¿Se impondría en Chile una reforma legislativa en los puntos que atañen a la vida sexual y al matrimonio, o están nuestras leyes actuales a la altura de la realidad social?
2. ¿Qué factores influyen en nuestro país en el quebrantamiento de la ética sexual tradicional? –El problema en relación con la mujer. El problema en relación con el hombre ¿Qué reformas legales auspicia usted?
3. Puntos que debería tomar en cuenta una Educación sexual que se implantara en el país.

Envíe sus respuestas a cualquiera de estos temas a la dirección de Índice, Clasificador 24 A. Santiago. Responsabilícese de su respuesta; envíela firmada.

A diferencia de la primera encuesta, esta se encuentra abierta a quien la desee responder, esto nos indica el gesto de apelación a la opinión pública y a la participación activa de los lectores en los temas nacionales. Las respuestas serán escasas. Solo en el número siguiente (núm. 9 del año 1) se encontrarán un par de intervenciones y el tema nunca más volverá a ser tratado; por lo menos no en los registros de la revista.

La moral sexual puesta en la palestra por *Índice* apunta a las implicaciones sociales, económicas, jurídicas, e incluso de salud pública que una bien entendida educación sexual debía contemplar desde el horizonte cultural chileno. No deja de ser llamativo el modo como Melfi, Celis Zegarra, y quienes acuden a responder la encuesta, aprovechan la instancia para denunciar las malas prácticas de la sociedad chilena en relación con las mujeres, el maltrato, la humillación y el sometimiento causados por la hipocresía que una sociedad que le concede todos los derechos al hombre, obligando a la mujer a no encontrar otro camino que el del matrimonio en subordinación y vejamen.

Quienes se pronuncian acerca de esta materia por medio de la revista, plantean soluciones además de las violentas críticas al pacato sistema legislativo, y sobre todo a los mecanismos de orientación sexual estatales prácticamente inexistentes y desiguales para una sociedad que está buscando la modernidad no solo de sus recursos sino sobre todo de sus ideas.

Melfi lo titula "La tragedia sexual", para apelar a los lectores a movilizarse en relación con una causa que el grupo juzga lo suficientemente meritoria y común que pueda generar debate y cambios estructurales en la sociedad.

En las respuestas a la encuesta los puntos de vista se hacen más polémicos aún, pues entran a la discusión la tolerancia religiosa, las costumbres y tradiciones patriarcales, los modos de socialización entre hombres y mujeres que deben ser espontáneos y libres desde la infancia, el divorcio como alternativa de libertad para la mujer, la reglamentación de la prostitución. Todos los enunciados apuntan a la pobreza de criterio con la que el Estado manejaba estos asuntos o más exactamente los ignoraba o eludía del debate público.

¿Cómo es que llega un grupo de intelectuales –historiadores, filósofos, críticos literarios– a establecer como asunto central de su intervención social la educación sexual, cuando en este sentido los discursos especializados que circulaban en el campo intelectual apuntaban a temáticas relacionadas con la formación disciplinar, especializada y criteriosa de la sociedad hispano-americana? Podemos responder provisionalmente que la mundaneidad del intelectual, tan necesaria como urgente en una sociedad atemorizada ante el cambio pero con aspiraciones de modernidad, da sus manifestaciones más sólidas en un grupo como lo fue Índice, cuyo ejemplo de ruptura del cercado erudito y segregativo mostró una verdadera apuesta por la acción social de las ideas y no su exclusividad y encierro autocomplaciente.

Obras citadas

- Collier, Simon y William Sater. *Historia de Chile 1808-1994*. Madrid: Cambridge University Press, 1999.
- Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Nueve Revistas Culturales*. Santiago de Chile: Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1974.
- Lastra, Pedro. "La revista Índice y la biblioteca nacional". Diciembre 17 de 2013, Sala Ercilla, Biblioteca Nacional de Chile [Disponible en grabación realizada por la autora de este texto].
- Memoria Chilena* [Sitio web oficial: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-channel.html>]
- Monzón, Cándido. *Opinión pública, comunicación y política*. Madrid: Editorial Tecnos, 2009.
- Ossandón, C.; Santa Cruz, E. *El estallido de las formas. Chile en los albores de la "cultura de masas"*. Santiago de Chile: Lom, 2005.
- Picón-Salas, Mariano. *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica*. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla/Biblioteca de América, 1935.
- Revista Índice*. Santiago de Chile. Abril de 1930-Febrero de 1932. Original en Microfilm. Biblioteca Nacional de Chile.
- Subercaseaux, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. El centenario y las vanguardias*. Tomo III. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2004.